

Hombres felices

Loable insuficiencia periférica

Francisco Javier Gómez Tarín

No es fácil enfrentarse a esta “doble ópera prima” de Roberto Santiago, toda vez que los resultados no responden a las intenciones, aunque se vislumbran algunos apuntes dignos de elogio. Digo “doble” porque es también el primer largometraje producido por *La Mirada*, íntegramente rodado en Canarias y con amplia representación de profesionales de las islas en su equipo técnico. Esta dualidad no puede ser soslayada por lo que implica de riesgo y apuesta por que la voz (mirada) de la periferia se abra paso en el terreno de la voraz competencia de la metrópoli.

Santiago brinda una fragmentada visión de la condición humana en un tiempo de cambio y desubicación. Para ello acumula elementos duales: hombres *vs* mujeres, tono de comedia *vs* oscuridad de la imagen (muy brillantes las tonalidades conseguidas por Juan Antonio Castaño), verosimilitud *vs* imaginario, en el límite del filo que puede trascender la realidad y hacer fluir la metáfora. Ahora bien, sobre este sugerente intento de decir sin decir, de acumular situaciones para que el espectador se sienta interpelado en lo más recóndito de sus pulsiones escópicas y sexuales, se superpone una capa – también doble- que ahoga el pretendido cinismo de la mirada: el diseño de la producción y la irregular coherencia formal.

En primer lugar, si bien la fotografía oscurecida rompe los moldes clásicos de la comedia, algunas dosis de “exceso” (llamémosle “sal gruesa”) convierten esa disonancia en despropósito, allí donde el *extrañamiento* hubiera sido apropiado (está en el origen). Creo que el filo en que la película se hiere no es otro que el intento de conseguir un producto comercial a partir de una idea inicial que caminaba por otros derroteros (de ahí la sensación permanente de “quiero y no puedo”).

En segundo lugar, la puesta en escena conecta con toda una serie de materiales españoles de última hornada que -debo confesarlo- me producen un insalvable rechazo (creo que por ahí lo llaman “repelús”). Me refiero a esa sensación de que todo está pre-diseñado (prefabricado): vestuario impoluto, espacios perfectamente decorados y ordenados, limpios, sin una mota de polvo, casi “de marca”, brillantes y fríos (recuerdan un tanto a los tiempos del “teléfono blanco”), donde una caja de cartón se convierte en algo fuera de lugar y ¡qué decir de ese periódico blanquísimo y “almidonado”!. Es un

mal endémico de gran parte del cine español actual, que contribuye en gran medida a hacer increíbles los productos.

En tercer lugar, los aspectos formales. No defiende el respeto a las normas clásicas, pero, eso sí, la marca enunciativa no puede ser gratuita y, en este sentido, la desubicación espacial de los personajes –fruto de continuos saltos de eje– llama poderosamente la atención, al igual que las elipsis forzadas sin respaldo tan siquiera en un efecto de tipo retórico. El montaje de los diálogos –siempre idéntico– apunta hacia una fuerte herencia de la *sitcom* y a series televisivas tipo *Luz de luna* (planos y diálogos brevísimos, dispuestos en batería, para generar el *gag*).

Finalmente, la contextualización. La pretensión de remitirse desde el borde de lo no creíble a la realidad más cotidiana, conseguida parcialmente con algunos de los personajes, hace aguas ante la disposición en un contexto: ¿quiénes son?, ¿de qué clase social y en qué mundo se mueven?¹ Tal parece que ese mundo empieza y acaba en ellos. Aquí interviene el diseño de interiores porque, si bien la sucesión de estos, la huida de brillantes exteriores (muy bien la presencia casi permanente de la lluvia, aunque poco creíble en Tenerife) resulta interesante, nada hay que indique algo más sobre los personajes y su relación contextual: al parecer son ricos y famosos en un mundo en que no parecen existir problemas que acontezcan más allá del pene (donde está la felicidad).

Habría más que decir, pero el simple hecho de que esta película se haya podido hacer es ya un milagro. ¡Que hayan más! Es, sin duda, el primer producto “digno” que nos llega desde Canarias.

¹ Esto remite un tanto a Almodóvar, aunque en su caso se ha desvelado ya la ubicación: son marcianos.